



El Matador (Cuento)

Jesús Miguel Delgado Del Aguila



Esta obra está bajo una [Licencia
Creative Commons Atribución-
NoComercial 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/).

- ¡Cómo que no sabes!
- No lo sé. Ya te lo dije. Deja de maltratarme: soy una mujer.
- ¡Cállate! No me hables así. No estaré tranquilo hasta que lo encuentre.
- ¡Por favor! ¡Cálmate! Ya basta. Entiende.
- ¡Silencio!

Aplicar la violencia en situaciones como esas me originaba apropiarme de revelaciones inesperadas y provechosas, aunque no siempre. Esta mujerzuela me complicaba el desenlace. Por momentos, me hacía dudar, pese a que todo se trataba de su dramático comportamiento inescrupuloso y cínico. ¡Maldición! Qué ruin lo de hoy. Hace de las suyas, y después desaparece. Me vengaré por lo que me ha hecho ese condenado.

- ¡Suéltame, por favor! Me lastimas.
- ¡Cállate!

Su rostro estaba enrojecido. Movía la boca en ocasiones para desprender un desesperante alarido de dolor. Sus ojos los tenía bien abiertos, una mirada extraviada, su estado perturbador; sus uñas se incrustaban en mis brazos sin que yo las sintiera realmente. Estaba fuera de mí mismo. Seguía usando la violencia hasta que pudiera conseguir una verdad, así ella no la supiera. No me cansaría de reprenderla por su atrevimiento y su burla hacia mí. Cada vez su presión era menos. Ya ni contaba con fuerzas. No molestaba tanto como antes. No trataba de hablar ni de desesperarse. Sabía que, si lo hacía, estaría expuesta a ahogarse.



—¡Amor! ¡Me estás matando!

Hasta que llegó el momento de sentirme cansado de estar enojado con ella, y le dejé de responder. Luego de unos segundos, quité la presión en su cuello y, de un empujón, la aventé sobre la cama. Ella resbaló, y cayó de frente contra el piso. Cómo lloraba. Verla así me infundía culpabilidad. Quería abrazarla. Fui muy cruel al tratarla así. Al fin y al cabo, necesitaba una oportunidad. Pobrecita, lloraba y me enternecía...

—Eres de lo peor, Ricardo. Piensas que por ser general me vas a lastimar cada vez que se te da la gana.

—Yo no soy responsable de llegar a casa y encontrarte en manos del enemigo.

—Te he dicho que estás confundiendo todo. Déjame que te explique primero. ¡Estás loco, Ricardo, loco! ¡Mira cómo me has dejado! —Se puso a llorar con más fuerza, mientras achinaba sus ojos amoratados e hinchados—. Te olvidas de que soy tu esposa, la madre de tus hijos, ¡eres de lo peor! Cómo no me casé con Julio Daniel...

—¡Qué has dicho...!

Fue tanta la ira que me produjo que pronunciara ese nombre. No me contuve más, y saqué mi revólver de la funda para apuntarle hacia la sien. Con mucha seguridad, estuve a punto de matarla. Algo me lo impedía, puesto que en el fondo era mi esposa.

—¡Hazlo, cobarde, dispárame! ¡Mátame de una vez!

Disparé. Eso faltaba: que me provocase. El disparo fue certero: le reventé la sien en pedazos. La sangre pintó las paredes y el piso de la habitación. Eran insoportables esas imágenes: su rostro deforme, sus heridas y sus hematomas. Ya no tenía sentido apreciar algo de belleza en ella, ni siquiera por sus conductas habituales de ética. Adiós, Melissa, adiós para siempre. Tú te la buscaste. El siguiente es ese hijo de puta... Diablos. ¡Qué triste! Me arruinaron... Me arruinaron.

—¿Te gusta así, bebé?

—¡Suéltame!



- Qué rico, amor. Me encanta que lo muevas así.
- Hey, Junior, más rápido pues, que parezca más natural.
- ¿Estás loco? No le exijas más. Esta mujercuela se hace la disforzada, bien que le gusta. Conténtate con que salga bien la grabación nomás, después ya la editas. ¡Oye, Mario! Dale unos golpes más para tenerla blandita. Se demora mucho.
- ¿Tú eres imbécil? ¿Quieres arruinar todo? Ni un solo rasguño, ¡nada! Se pueden enterar.
- Qué rico. Ya llego.
- Apúrate, Junior, que de ahí es mi turno...
- ¡Aaaaaiiiiiii! ¡Suéltense...!
- Qué buen trasero tiene esta pendeja... Sigue moviéndolo así. Ya me vengo. ¡Qué rico!
- Todo adentro. Olvídense de que pueda salir embarazada. Arruinen a esta mujercuela. Y más bien, apúrense. Solo es cinco minutos para cada uno.

- General, el siguiente integrante del Tercer Círculo es Alexander Jesús Taboada Reynoso, alias el Matador. Se supone que él se encarga del grupo. Bueno, continúo. Su edad actual es de 36 años. No tiene un lugar específico donde resida. Viaja a provincia con frecuencia. Nunca ha estado fuera del país. Algunos delitos que se le conoce son homicidios, asaltos a mano armada, secuestros, chantajes, acceso a información ilegal, estafas, entre otros.
- Entre otros... ¿Cómo que entre otros? ¿No hay más exactitud al respecto?
- Así está en el archivo.
- Eso significa que usted no está enterado muy bien del asunto.
- No mucho, general, pero sí cuento con el personal que me propicia estos datos.
- No me convence. De ahí, conversaremos acerca de esto. Por el momento, siga leyendo lo que dice en el expediente del Matador.



—¡No puedo creerlo!

—Y en tu delante. Yo creo que es la ocasión para expulsarlos, inútiles.

—Han podido matar al presidente. ¿En qué pensaban? No es nada grato que reciban sus sueldos con normalidad para este mes.

—¡La prensa, general! ¡Ahí vienen varios periodistas! ¡Qué hacemos!

—Que se vayan. No hay conferencias de nada ni entrevistas. Qué ridículo, y esto saldrá en los diarios. Supondrán que las Fuerzas Armadas y la Policía están incapacitadas.

—Disculpe, general. No volverá a suceder.

—Pues, ya ocurrió. Son unos imbéciles. Ni siquiera han podido localizar a ese francotirador. ¿Dónde estará en este instante?

El general Ricardo Cornejo dio media vuelta y se dirigió cabizbajo al Palacio de Gobierno. Maldecía y refunfuñaba. “Esto es sorprendente. Lo que hicieron estos ineptos es el colmo. Me van a delegar otro trabajo ahora”. No quería hablar con nadie, por más que tenía a un buen grupo de seguidores que no dejaban de interrogarlo. En el interior, ya se escuchaban rumores, gritos, chillidos, escándalos y otras vociferaciones de los parlamentarios políticos. “Tanta seguridad por las puras”.

—¡Libertad de prensa! ¡Libertad de prensa! —Se escuchó en los exteriores del Palacio de Gobierno. Un cúmulo de personas y periodistas se aglomeraba entre las rejas de entrada para colocar sus micrófonos y entrevistar a los de seguridad. Ellos eran los únicos representantes que podían tener contacto con los ciudadanos.

—Retírense, por favor. No ha pasado nada.

—Una pregunta nomás.

—Por favor, retírense. No se harán entrevistas.

Frente al Palacio de Gobierno, en la Catedral de Lima, los invitados de un matrimonio conversaban sobre lo sucedido. En Plaza de Armas, las parejas sentadas en los banquitos, los turistas que se toman fotografías frente a la pileta, los lustrabotas, la guardia civil, los transeúntes, los olvidados y algunos miradores no



dejaban de comentar en torno al asunto. Muchos desconocidos se hicieron amigos con el pretexto de documentarse. El frío se había dejado de sentir por el calor de las palabras. De allí, no se pudo saber nada más.

—Buenas noches, general. Disculpe, ¿su nombre es...?

—Buenas noches, soy el general Cornejo. Debería sancionarlo por su atrevimiento. Haré un informe de todas maneras.

—Dispéñeme, general Cornejo.

—No se disculpe. Vengo para la audiencia del presidente de la República.

—Iniciará a las 7:30 p. m. Si desea, aproveche en ingresar. Adelante, general. Puede estacionarse detrás del automóvil blindado.

—Gracias.

Solo restaba entrar al salón principal de conferencias y estar una hora exacta, por cumplimiento, a expensas de las palabras de ese charlatán. La cita era en el Salón Dorado, ambiente amplísimo, decorado de un color amarillo brillante, similar al oro; donde muchos miembros políticos esperaban en sillas el discurso del presidente del Perú. Mientras tanto, fui a socializar con algunos invitados.

—Buenas noches, usted es...

—Soy miembro oficial de las Fuerzas Armadas, el general Ricardo Cornejo.

—Pues, mucho gusto, encantado. Soy el congresista Jiménez Mendoza.

Transcurrieron unos cuantos minutos para saludar a los presentes. Recuerdo haber visto a los oficiales de las Fuerzas Armadas, quienes se fijaron en mí con mucha extrañeza.

—General, ¿le sucede algo?

—Qué son esas formas de hablar. ¡Cuádrese y diríjame un saludo propio de un comandante a su mayor!



—Disculpe, general Cornejo. Lo veo tan contrariado que me asusta. Además, usted informó que vendría al término de la audiencia.

—¡Eso a usted no le incumbe! ¡Cuádrese y dé el saludo correspondiente si no quiere que lo desacredite delante de todos!

El comandante Rafael Pizarro retrocedió unos cuantos pasos, se puso en posición de atención e hizo una pequeña reverencia que consistió en colocarse la mano derecha a la altura de la frente y despegarla un poco en señal de saludo militar. Me deshice de todos los presentes unos minutos y retorné a la media hora. Cuando la conferencia ya estaba a medio terminar, adopté una postura subrepticia, detrás de los invitados, sentado en una silla, escuchando sin prestar atención a las palabras que emitía el distinguido señor que llevaba la banda presidencial, la roja y blanca. Salí del Salón con mucha precaución. Me burlé de la presencia de algunos policías que cuidaban los exteriores de los pasillos y los salones. Me iba ahora a la residencia presidencial; exactamente, a su habitación.

—Disculpe, usted no tiene autorización para ingresar.

—¿Cómo que no?

—El ingreso es exclusivo para el presidente.

—¿Y qué pasa si le muestro esto? —Desenfundé mi arma, una Beretta 92 FS, y lo encañoné a la altura del vientre. Le hablé con violencia—. ¡Muy bien! ¡Ábrame la puerta si no quiere morir!

El guardia sorprendido ingresó luego de abrirme la puerta. Caminaba muy despacio.

—¡Las manos arriba! ¡Si hace un movimiento en falso, lo extermino!

—Lo descubrirán, señor, sea quien sea. Tarde o temprano, vendrá el presidente a descansar, y cuando lo haga, se percatará de la falta de su seguridad. Está involucrado en un problema. No hay forma de que enmiende esta situación. Hizo una mala estrategia. Sométase a la justicia.

Le disparé. Ese tipo tenía razón. No me puse a pensar en eso. Me quité toda la vestimenta de general y la guardé en un bolsón que lo llevaría hasta mi regreso. En su reemplazo, me coloqué la ropa del difunto. Con un poco de maquillaje, no se notaría la diferencia. Ese cadáver estorbaba. Después de esconderlo, salí de la habitación y me cuadré a expensas del presidente. Todo sea por ese bendito dinero.

Luego de tres insoportables horas, el presidente se aproximó con dos hombres de seguridad.



—¿Cómo le fue, señor presidente?

Con una sonrisa en los labios, él replicó “muy bien, Luis. Ahora, estoy un poco cansado. Quiero dormir hasta mañana”. Mientras le abría la puerta, me preguntó “¿todo bien? ¿Hiciste el encargo que te encomendé?”. Esas palabras me causaron estupor. Fue algo imprevisto. No supe qué contestarle. Así que luego de unos segundos traté de ser espontáneo: “No pude, señor presidente. Dispéñeme. Me quedé dormido. Pero no se preocupe. Mañana a primera hora lo haré”.

—Bueno, está bien. Mañana temprano, sí. Es de vida o muerte.

Se retiraron los de seguridad, mientras que el presidente ingresaba a su habitación. La cerré. Dejé que pasaran unos minutos para tocar la puerta. Abrió.

—¿Qué sucede, Luis? Ya estoy en pijama.

—Algo urgente. Necesito entrar para explicarle.

—Dígame aquí nomás. No hay problema.

—Es que necesitaba su baño. Si voy al que está más allá, no soportaré. Disculpe mi atrevimiento.

—Qué raro, Luis. A ustedes se les prohíbe el agua para estar siempre atentos y dispuestos, pero, vaya, entre.

El presidente no me dirigió la mirada después. Me introduje en el baño con un bolso de la ropa de general. Desde el espejo del lavabo, miraba sus movimientos desinteresados. Se aproximó al balcón. Contempló la Plaza de Armas por un largo rato. ¡Esa era mi oportunidad! ¡Un mayor sueldo por asesinarlo! Salí despacio hasta la altura de la puerta de la habitación. Desenfundé el Beretta 92 FS y apunté a la cabeza del presidente. Él se encontraba de espaldas, apoyado en el balcón de su cuarto. Disparé. Fallé. ¡Fallé! No pude verlo más tiempo. Todas las luces se apagaron de inmediato y un sonido de la ambulancia empezó a propagarse por el resto del Palacio de Gobierno. ¡Presidente de mierda, desapareciste! Por mi torpeza, ya no recibiré mi paga correspondiente. ¡Lo arruiné!

Escuchaba pasos rapidísimos que se aproximaban por la izquierda y la derecha. Me metí entre las escaleras sin que nadie me viera, y me coloqué la ropa de general. Me despojé de la vestimenta del guardia de la residencia presidencial junto con el bolso. Luego bajé las escaleras. Durante el recorrido, me crucé con algunos políticos y policías. “¡Rápido! ¡Rápido! Han querido matar al presidente. ¡Apresúrense!”. Di la voz



de mando con hipocresía: “¡Arriba! ¡Arriba! Han intentado dispararle desde la calle. Hay un francotirador. Apresúrense”. Con esa información falsa, descendí y me introduje en el carro. Siendo casi las 11:00 p. m., me retiré sin ningún problema.

Era de noche. Nos hallábamos frente a la Costa Verde, en el malecón de San Isidro, cerca del parque de la Pera del Amor, ubicado en el cruce de las avenidas del Ejército y Salaverry. Nos sentíamos orgullosos de estar en ese lugar. Recordábamos quién era cada miembro del Tercer Círculo. Todos nosotros éramos personas de semblantes bellos y bien cuidados: seis hombres y seis mujeres. Aunque nosotros actuásemos solos, siempre teníamos zonas de encuentro donde podíamos coincidir. Hacíamos pactos, proponíamos trabajos. En algunas ocasiones, nuestras reuniones servían para cancelar deudas pendientes o endeudarnos. El Mitra, el Palomo, el Mariposa, el Venado, el Truquitos y yo, el Matador, conformábamos ese séquito de varones asaltantes que se desempeñaba en este periodo bélico republicano. Las mujeres también tenían esas condiciones. Ellas eran la Blanquita, la Caderas, la Pintada, Mariana, Polvos y la Rusa. Esta última era la más temida de todas en el mundo del hampa, aunque aparentemente tuvieran la expresión de solo ser chicas atractivas que no superaban los treinta años.

—Ya pues, Truqui. Estamos esperando uno de tus chistes subidos de tono.

—Entonces, te contaré que ayer estuve con tu hermana, Venado.

—Esa historia ni nada que se le parezca no te las cree nadie. En primer lugar, nunca has tenido enamorada. ¿Es normal eso?

—¿Quieres impresionarme delante de todos? Si supieras con cuántas chicas bonitas he estado durante mi misión en Ucayali...

—Sí pues, pero nadie te ha visto. Ni pruebas tienes de eso. Solo te llegaste a fotografiar ese pedazo carcomido para sorprendernos en ese momento... Encima, apuesto a que eso de allí no era tuyo.



—Me aburren —dijo secamente la Blanquita, y dirigió su mirada a los demás—. Saben, yo nunca me he arrepentido de pasar la noche con el Matador. La paso tan bien cada vez que regreso a Lima y lo encuentro.

—Yo tampoco, Blanquita, aunque Marianita también tiene lo suyo.

—Por favor, Álex. Recuerda que ya soy mamá. Lo nuestro quedó en el pasado.

—Hey, pero el Venado me cuenta que ayer se acostó contigo.

—¿Y tú le crees a ese imbécil?

El vaso de alcohol empezó a rotar con mucha cautela entre nosotros. Un grupo de vigilantes resguardaba el área de vez en cuando. “Inspección”. Con mucha precaución. La botella en una bolsa negra y un vasito descartable con el ron Cartavio servido hasta arriba, para marearnos de inmediato.

—Hey, miren cómo manosea el Polvos al Mariposa. Lo va a transformar.

—Deja de vérselo, marica.

—¿Quién se lo está viendo? Hablas estupideces.

—Oye, disimula nomás.

Algunas de las chicas ya estaban ebrias. Se sentaban entre las piernas de los muchachos. Yo tenía a Mariana entre las mías. Sus enormes caderas me excitaban cada vez que se las presionaba. Qué agradable de verdad.

—Hey, Matador. No te adelantes a los hechos todavía. Debo proponerte algo: algo muy serio.

—¿Y tiene que ser ahora? Eres un imprudente. Envidias mis minutos de gloria.

Mi mano derecha estaba por debajo del pantalón y el calzón de Mariana.

—¿Álex, no puedes soportar unos minutos? Espérate un momento. Después nos iremos todos a la casa de la Rusa. Tú sabes que ahí se disfruta más y con quien quieras.

—Está bien. Habla de una vez. ¿Qué quieres?

El cuerpo gigantesco y gordo del Mitra se me acercaba con amenaza. Se paró frente a mí y puso su enorme mano en mi cabeza.

—Mira, compadre, te tengo un trabajo. Eso sí, no quiero errores.



Mi cabeza daba vueltas. Estos muchachos fumaban, tomaban y se drogaban; sin embargo, yo en medio de todo me percataba de lo que sucedía. Le prestaba atención, pero también estaba excitado. Mariana me manoseaba.

—Está bien, dime de una vez en qué consiste tu proyecto.

—Te daré ahora mil soles. El resto será luego y un adicional si es que logras un homicidio. ¿Hasta ahí, me entiendes? ¿Lo recuerdas?

—Claro, Mitra, sigue, sigue... Tú no, Mariana. Bueno, ¿qué debo hacer, Mitra? Dime rápido.

—Hay problemas legales en el Gobierno actual. Muchos desertores y simpatizantes del partido contrario pretenden hacer una revuelta efectiva; pero yo creo que eso será innecesario. Solo ocasionará que detengan a unos cuantos activistas, los encarcelen, los fichen y los desprestigien con sus propuestas.

—Lo comprendo. ¿Y qué es lo que debo hacer? ¿Una revolución?

—No, imbécil. Me refería a un homicidio, aunque no es de mucha importancia que lo hagas o no. Solo queremos que haya una impresión de amenaza indefectiblemente. Ahora, lo que nos preocupa y lo que queremos es que arruines a cualquier oficial, pero a uno distinguido, no a cualquiera, sino a un alto rango. Quiero que lo planifiques muy bien. Ya verás tú cómo lo haces. Eres muy ingenioso para eso. En este momento, te mostraré un listado de todos los oficiales inminentes que se encuentran en las Fuerzas Armadas, la Marina, la Policía y el Ejército. Escogerás solo a uno. A uno, nada más. Ya verás cómo la haces, sabelotodo.

—Me pides poco. Pensé que era algo más difícil y serio, pero bueno. ¿Debo matar al presidente de la República?

—Si puedes, sí. Se te pagaría el triple de lo que tenemos prospectado para ti. Por el contrario, si intentas matarlo y fallas, solo se te dará el precio normal. Hemos pensado entregarte seis mil. Te he adelantado una sexta parte. Sabes que siempre he cumplido contigo y nunca me he retrasado en cancelarte. Eso sí, ya sabes: en caso te cojan, se perdió todo. El dinero restante desaparece. Bueno, las normas ya las conoces desde que se fundó el Tercer Círculo.

—Wuau, ¿y quién es el que proporciona esa gran suma de dinero?



—Tú sabes que siempre hay opositores. A veces, son algunos que están dentro del Palacio. Es toda una mafia incomprensible en verdad. Ya lo sabrás.

—Así que esta es la lista. A ver, será al azar. Mira... Ya salió uno. Será este individuo: el general de las Fuerzas Armadas, Ricardo Mauricio Cornejo Cortés (50). Porta bigotes. —Me reía de la fotografía del oficial que sería arruinado para toda su vida, producto del azar. Me llevé el vaso descartable a los labios, y me enojé—. ¡Hey, Palomo! ¡Pasa el alcohol! ¡Hace rato, estoy con el vaso vacío! —Volviendo a prestar atención a los documentos y las fotografías—. A ver, a ver. Mitra, creo que podría usar un excelente disfraz y... Mira. Para humillarlo como tú dices, he pensado hacer una gran emboscada con su mujer. Aquí dice que es casado, con hijos y que vive en Miraflores. Buen dato. No es problema para mí. Iré con unos cuantos adictos pornográficos que saben filmar estas obscenidades y que después las publiquen en los medios. Cambiamos el audio. No sé. Ya iremos tramando. Así el video tendrá otra apreciación. Será toda una artimaña: una violación, un acto sexual simulado entre amantes, etc. Con eso, este general la pasará muy mal. Para coaccionarlo, podríamos incluir un testimonio anónimo del amante. Le hacemos hablar sobre un supuesto romance que hubo con la mujer del general. Se convertirá en un mito, una historia totalmente falsa, pero verosímil. Es una buena idea. Esto me gusta cada vez más. Empecemos. Acepto el contrato, señor Mitrón. Ahora, ya no me interrumpas, que estoy tan confundido: desconozco por completo a Mariana.

Fui un imbécil al confiar en Melissa. Mi madre tuvo razón al advertirme antes de que me casara con ella. Esa mujer tenía una cara de ángel, pero en algún momento iba a demostrar sus verdaderas actitudes. Es una puta. Me arruinó la existencia. Ojalá que su lugar sea el infierno. Pobres mis hijos: se quedaron sin madre y con la figura de un padre que al final es el culpable de todo. Me estarán odiando esos condenados. Me destituyen de mi cargo oficial por haber permitido el intento de asesinato al presidente (del que ni siquiera estuve presente), publican un video en el que mi mujer disfruta tener sexo con otros hombres, la



asesino, me meten preso por ser el principal sospechoso de su muerte. ¡Qué desgracia! ¡Todo pasó de inmediato! ¡Es triste! En fin, ya no importa. A buen tiempo la maté, peor hubiera sido seguir viviendo en el mismo lecho acompañado de una traidora. Todo sucedió tan rápido que anteriormente ni supe quién o quiénes eran estos amantes. Jamás lo descubrí, ni sospeché nada al respecto. No me lo comentó ni podrá hacerlo.